



NOCHE RUSTICA DE WALPURGIS.

SINFONÍA DRAMÁTICA.

A JOSÉ PEÓN CONTRERAS.

I

INVITACION AL POETA.

COGE LA LIRA DE ORO Y ABANDONA
el tabardo, descázate la espuela,
deja las armas, que para esta vela
no has menester ni daga ni tizona.

Si tu voz melancólica no entona
ya sus himnos de amor, conmigo vuela
a esta región que asombra y que consuela;
pero antes ciñe la triunfal corona.

MANUEL JOSÉ OTHÓN

27

Tú, que de Pan comprendes el lenguaje,
ven de un drama admirable a ser testigo.
Ya el campo eleva su canción salvaje;

Venus se prende el luminoso broche
Sube al agrio peñón, y oirás conmigo
lo que dicen las cosas en la noche.

II

INTEMPESTA NOX.

Media noche. Se inundan las montañas
en la luz de la luna transparente
que vaga por los valles tristemente
y cobija, a lo lejos, las cabañas.

Lanzas de plata en el maizal las cañas
parecen al temblar, nieve el torrente,
y se cuaja el pavor trágicamente
del barranco en las lóbregas entrañas

Noche profunda. Noche de la selva,
de quimera poblada y de rumores,
sumérgenos en tí; que nos envuelva
el rey de los fantásticos imperios
en la clámide azul de sus vapores
y en el sagrado horror de sus misterios.

III

EL HARPA.

Hay en medio del rústico bosque
un tronco retorcido y corpulento:
enorme roca sírvele de asiento
y frondas opulentas de ropaje;

Cuando, como a través de fino encaje,
el rayo de la luna tremulento
pasa, desde el azul del firmamento,
la verde filigrana del follaje,

desbarátase en haz de vibradores
hilos de luz que tiemblan cual tañidos
por un plectro que el céfiro menea.

¡Harpa inmensa del campo! ¡no hay cantores
que a tus himnos respondan, no hay oídos
que comprendan tu estrofa giganteal!

IV

EL BOSQUE.

Bajo las frondas trémulas e inquietas
que forman mi basilica sagrada,
ha de escucharse la oración alada,
no el canto celestial de los poetas.

Albergue fuí de druidas. Los ascetas
en mis troncos de crústula rugada
infligieron su frente macerada
y colgaron sus harpas los profetas.

Y en tremenda ocasión, el errabundo
viento espantado suspendió su vuelo,
al escuchar de mi interior profundo

brotar, con infinito desconsuelo,
la más grande oración que desde el mundo
se ha alzado hasta la cúpula del cielo.

V

EL RUISEÑOR.

Oíd la campanita, cómo suena;
el toque del clarín, cómo arrebatada;
las quejas en que el viento se desata
y del agua el correr sobre la arena.

Escuchad la amorosa cantilena
de Favonio rendido a Flora ingrata
y la inmensa y divina serenata
que Pan modula en la silvestre avena.

Todo eso hay en mis cantos. Me enamora
la noche; de los hombres soy delicia
y paz; y entre los árboles cubierto

sólo yo alcé mi voz consoladora,
como una blanda y celestial caricia
cuando mi Dios agonizó en el huerto.

VI

EL RIO.

Triscad, ¡oh linfas! con la grácil onda;
gorgoritas, alzad vuestras canciones;
y vosotros parleros borbollones,
dialogad con el viento y con la fronda.

Chorro garrulador, sobre la honda
cóncava quiebra, rómpete en girones
y estrella contra riscos y peñones
tus diamantes y perlas de Golconda.

Soy vuestro padre el río. Mis cabellos

son de la luna pálidos destellos,
cristal mis ojos del cerúleo mando.

Es de musgo mi barba transparente,
ópalos desleídos son mi frente
y risas de las náyades mi canto.

VII

LAS ESTRELLAS.

¿Quién dice que los hombres nos parecen,
desde el profundo mar del firmamento,
átomos agitados por el viento,
gusanos que se arrastran y perecen?

¡No! Sus cráneos que heroicos se estremecen
son el más grande asombrador portentoso:
¡fragua donde se forja el pensamiento
y que más que nosotros resplandecen!

Bajo la estrecha cavidad caliza,
las ideas, en ígnea llamarada
contemplamos arder, y es, ante ellas,

toda la creación polvo y ceniza....
¡los astros son materia inanimada
y las humanas frentes son estrellas!

VIII.

EL GRILLO.

¿Dónde hallar, oh mortal, las alegrías
que con mi canto acompañé en tu infancia?
¿Quién mide la enormísima distancia
que éstos separa de tan castos días?

Luces, flores, perfumes, armonías,
sueños de poderosa exuberancia
que llenaron de albura y de fragancia
la vida ardiente con que tú vivías,

ya nunca volverán; pero cantando,
cabe la triste moribunda hoguera,
de tu destruida tienda bajo el toldo,

hasta morir te seguiré mostrando
la ilusión en la llama postrimera,
el recuerdo en el último rescoldo.

IX

LAS AVES NOCTURNAS.

¡A infundir con el vuelo y los chirridos
más horror en la noche, más negrura
en los antros del monte y más pavora
en las ruinas de sótanos hendidos!

¡A seguir a los pájaros perdidos
de la arboleda entre la sombra oscura,
y con la garra ensangrentada y dura
a darles muerte y a asolar sus nidos!

Desde la cruz del viejo campanario,
a lanzar tan horribles acentos
que el valor más indómito se quiebre!
¡De dientes estridor, crujir de osario
a remedar, y trágicos lamentos,
y espasmódicos gritos de la fiebre!

X

LOS MUERTOS.

¡Piedad! ¡misericordia!... Fueron vanos
tanto soberbio afán y lucha tanta.
¡Ay! por nosotros vuestra queja santa
levantad al Señor. ¡Orad, hermanos!

Si oyérais el roer de los gusanos
en el hondo silencio, cómo espanta,
sintiérais oprimida la garganta
por invisibles y asquerosas manos.

Mas no podéis imaginar los otros
tormentos que hay sobre la losa fría:
¡la falta, la carencia de vosotros;

la soledad, la soledad impía! ...
¡Ay, que llegue, oh Señor, para nosotros
de la resurrección el caro día!

XI

EL POETA.

Vamos al aquelarre.— En la sombría
cuenca de la montaña, las inertes
osamentas se animan a los fuertes
gritos que arroja la caterva impía.

Van llegando *sin Dios y sin María*,
présagos de catástrofes y muertes....
pienso que el cielo llora, ¿no lo adviertes?
La luna es una lágrima muy fría.

Tras ¡nahuales y brujas, el coyote

aulla feroz y lúgubre corea
tan monstruoso concierto el tecolote;

la lechuza con silbo horripilante
se junta a la fatídica ralea,
¡y el *Vaquero Marcial* llega triunfante!

XII

LOS FUEGOS FATUOS.

Bajo los melancólicos saúces
que sombrean el fétido pantano
y en la desolación del muerto llano
sembrado de cadáveres y cruces,

se nos mira brillar, pálidas luces,
terror del habitante rusticano:
misteriosos engendros de lo arcano
envueltos en fosfóricos capuces.

Mas al beso de amor del aire puro
sobre la infecta corrupción, ileso
fulguró nuestro ser, cual a un conjuro.

Que no existe lo esteril ni lo inerte
si Pan lo toca, y al brotar un beso
siempre estalla la luz, aun de la muerte.

XIII

LAS BRUJAS.

—Todas las noches me convierto en cabra
para servir a mi señor el chivo,
pues, vieja ya, del hombre no recibo
ni una muestra de amor, ni una palabra.

--Mientras mi esposo está labra que labra el terrón, otras artes yo cultivo.
¿Ves? traigo un niño ensangrentado y vivo para la cena trágica y macabra.

—Sin ojos, pues así se ve en lo obscuro, como ven los murciélagos, yo vuelo hasta escalar del camposanto el muro.

—Trae un cadáver frío como el hielo. Yo a los hombres daré del vino impuro que arranca la esperanza y el consuelo.

XIV

LOS NAHUALES.

¡Sús, Vaquero Marcial! De nuestra boca los conjuros oírás: aunque en la brega quedaste vencedor; siempre a ti llega de los hombres la voz que te provoca.

Por donde quiera el mal! Tu mano toca las campiñas también.—Ya en ronda ciega el coro de las brujas se despliega de tí en redor, sobre la abrupta roca.

Hijas sois de la vívora y el sapo: de vuestro hediondo seno sacad presto las efigies ridículas de trapo. . . .

¡Oh, representación de los mortales! Mostrad aquí vuestro asombrado gesto en la danza infernal de los nahuales.

XV

EL GALLO.

Hombre, descansa. De tu hogar ahuyento el nocturno terror y estoy en vela.
Sombras de muerte cuyo soplo hiela, con mi agudo clarín os amedrento.

Huya la luz y te descuide el viento por preludiar su dulce pastorela.
Contra el mal, poderoso centinela, a su paso espectral estoy atento.

No te inquiete el horrisono alarido que escuches en tu sueño, por la vana pesadilla maléfica oprimido.

Ya pondrá fin a su croar la rana, y yo con alegrísimo sonido, entonaré la jubilosa diana.

XVI

LA CAMPANA.

¿Qué te dice mi voz a la primera luz auroral? «La muerte está vencida, ya en todo se oye palpitante la vida, ya el surco abierto la simiente espera».

Y de la tarde en la hora postrimera: «Descansa ya. La lumbre está encendida en el hogar» Y siempre te convida mi acento, a la oración en donde quiera.

Convoco a la plegaria a los vivientes,
plañó a los muertos con el triste y hondo
son de sollozo en que mi duelo explayo.

Y al tremendo tronar de los torrentes
en pavorosa tempestad, respondo
con férrea voz que despedaza el rayo.

XVII

LA MONTAÑA.

El encinar solloza. La hondonada
que raja el monte, es una boca ingente
por donde grita el bramador torrente
de furiosa melena desgredada.

La piedra tiene acentos. Vibra cada
roca, como una cuerda, intensamente,
que en sus moles quedó perpetuamente
del Génesis la voz petrificada.

Del hondo seno de granito escucha
las voces, ¡oh poeta! Clama el oro:
¡Vive y goza, mortal! El hierro: ¡Lucha!

Mas oye, al par, sobre la altura inmensa,
cantar en almo y perdurable coro
a las agudas cumbres: *¡Ora y piensa!*

XVIII

UN TIRO.

Duda mortal del alma se apodera,
al oír en la noche la lejana
detonación, que turba y que profana
el silencio del bosque y la pradera.

¿Será la bala rápida y certera
que pone fin a la existencia humana,
o el golpe salvador que en lucha insana
asesta el montañés sobre la fiera?.....

Ese ruido mortífero y tonante
hace temblar al alma sorprendida,
cuando está de lo incógnito delante.

Para arrancar o defender la vida,
lo producen lo mismo el caminante
y el guarda, el asesino y el suicida.

XIX

EL PERRO.

No temas, mi señor: estoy alerta
mientras tú de la tierra te desligas
y con el sueño tu dolor mitigas,
dejando el alma a la esperanza abierta.

Vendrá la aurora y te diré: «Despierta:
huyeron ya las sombras enemigas».
soy compañero fiel en tus fatigas
y celoso guardián junto a tu puerta.

Te avisaré del rondador nocturno,
del amigo traidor, del lobo fiero
que siempre anhelan encontrarte inerme.

Y si llega con paso taciturno
la muerte, con mi aullido lastimero
también te avisaré....! ¡Descansa y duerme!

XX

LA SEMENTERA.

Escucha el ruido místico y profundo
con que acompaña el alma Primavera
esta labor enorme que se opera
en mi seno fructífero y fecundo.

Oye cual se hincha el grano rubicundo
que el sol ardiente calentó en la era.
Vendrá Otoño que en mieses exhubera
y en él me mostraré gala del mundo.

La madre tierra soy: vives conmigo,
a tu paso doblego mis abrojos,
te doy el alimento y el abrigo.

Y cuando estén en mi regazo opreso
de tu vencida carne los despojos,
¡con cuánto amor abrigaré tus huesos!

XXI

LUMEN!

Las sombras palidecen. Es la hora
en que, fresca y gentil, la madrugada
va a empaparse en el agua sonrosada
que ya muy pronto verterá la aurora.

El cielo vagamente se colora
de virginal blancura inmaculada,
y hace en el firmamento su morada
la luz, de las tinieblas vencedora.

Sobre las niveas cumbres del oriente

en ópalos y perlas se deslie,
que desbarata en su cristal la fuente.

Del vaho matinal se extiende el velo,
y todo juguetea y todo ríe,
en la tierra lo mismo que en el cielo.

XXII

ADIOS AL POETA.

¡Santa Naturaleza, madre mía!
Me has cobijado en tu regazo inmenso
y dissipaste con tu soplo intenso
la nube del dolor que me envolvía.

Mas ¡ay! vuelve la vida ingrata y fría;
mi sueño celestial quedó suspenso....
Ya alza la tierra su divino incienso
y en su carro triunfal asoma el día.

Poeta: es fuerza abandonar el monte.
Bajemos, pues ya al ras del horizonte
Venus agonizante parpadea;

tú al teatro, a la clínica, al Senado,
yo a vejetar tranquilo y olvidado
en el rincón oscuro de mi aldea.



POEMA DE VIDA.

CANTO PRIMERO.

Idilio.

I.

Es la suprema floración del año.
Ya la niebla no oculta los bohíos
y los nidos del bosque, ayer vacíos,
están llenos de pájaros ogaño.

Los vanales deshielos, como un baño,
el valle inundan en raudales fríos,
donde llenan sus ánforas los ríos
y beben las bandadas y el rebaño.

Ya de la sierra en el crestón gigante
desbaratóse el gélido turbante
que el invierno formó con sus neblinas
y, sobre el cielo azul, cuando atardece,
la sarta de las grullas desaparece
y flotan las primeras golondrinas.

II

Estremécese el aura tremulenta
y la tierra, a los húmedos halagos,
sigue, ya sin temor a más estragos,
su fecunda labor, constante y lenta.

Doquier la vida su vigor ostenta:
festonea las lilas y los dragos,
hace brotar los mustios jaramagos,
hincha la yema y el botón revienta.

Al tronco de los árboles se prende
de la hiedra la azul y verde malla,
que en el bardal su pabellón extiende.

Y empapada del éter en las ondas,
del sol al fuego, la campiña estalla
en explosión de pétalos y frondas.

III

En los collados y en la selva inculca
del maternal amor se muestra el celo:
oye el ave el reclamo, deja el cielo
y acude al nido que el ramaje oculta.

Entre las hojas de la encina adulta
se siente el ensayar del primer vuelo,
y en el pico de rosa del polluelo
su pico de ámbar la torcaz sepulta.

Muge la vaca en tanto que se aleja
la cría por las quiebras del camino
y al blando són de la amorosa queja,

tiembla, cual amapola sobre el lino,
la roja lengüecilla de la oveja
del cordero en el blanco vellucino.

CANTO SEGUNDO

Epitalamio.

I

Resplandece la bóveda infinita
con el fuego abrasante del verano
y en la inmensa extensión, el saberano
elemento prolífico palpita.

La vida, como el alma de Afrodita,
todo lo enciende: al hongo en el pantano,
al ave y al cuadrúpedo en el llano
y en el huerto a la humilde bellorita.

Exhalan sus aromas penetrantes
el apio y la silvestre madreSelva,
y el laurel odorífero retoña.

Y al balar de los hatos trashumantes,
en lo más escondido de la selva
tañe Pan su dulcísima zampoña.

II

Son las bodas campestres de las flores.
Al beso del amor, antes latente,
estremece sus ondas el ambiente,
irguense los estambres tembladores.

Se impregnan los insectos zumbadores
en el polen de oro refulgente,

y al par le lleva en su regazo ardiente
el viento grácil esparciendo olores.

¡Oh céfiro! ¡oh abeja! ¡oh mariposa!
¡con qué ansiedad tan pudibunda espera
vuestra llegada la naciente rosa!

Posad sobre su cáliz que el deseo
desflora, mientras canta Primavera
los eróticos cantos de himeneo.

III.

Todo al soplar las brisas tropicales,
mueve la sangre y todo a amar provoca.
Naturaleza entera es una boca
donde palpitan besos inmortales.

Requíébranse en la rama los turpiales,
lanzando su canción alegre y loca,
y en la cortante arista de la roca,
se acarician las águilas reales.

Tálamo de las tiernas golondrinas
es el aire, del tigre la espelunca,
del triscador ganado las colinas. . .

Nada tu fuerza poderosa trunca,
pues renaciendo tú de las ruinas,
¡oh fecundante Amor, no mueres nunca!

CANTO TERCERO.

Elegía.

I.

En la intrincada senda, y en el rojo
peñón, y en la monótona llanura,
no queda ya ni un resto de verdura,
ni una brizna de hierba, ni un abrojo

Tan sólo cuelga su último despojo
la seca hiedra, de la tapia obscura,
bajo la cual el Abrego murmura
y crujen las hacinas del rastrojo.

Viene la tarde cenicienta y fría
y una desolación abrumadora
se extiende sobre el monte y la alquería.

Nada se oye vivir. Sólo en la hora
del declinar tristísimo del día,
la parda grulla en el erial crotora.

II.

¡Qué tristeza tan grande en el paisaje!
Del norte frío al destructor aliento
suspendióse en el campo el movimiento
y gimieron los troncos y el ramaje.

Ya no hay nidos, ni cantos, ni follaje,
no se escucha un murmurio ni un acento,
y apenas, junto al lago tremulento,
se oye graznar al ánade salvaje.

En las regiones do Aquilón desata
su furia y con fragor se precipita,
sin cesar, sin cesar escarcha y llueve;

mientras inmensamente se dilata
desesperante, trágica, infinita,
la sepulcral blancura de la nieve.

III.

Si tan helada soledad impera
en el mar, en la tierra y en el cielo,
si ya no corre el límpido arroyuelo
ni se mece el rosal en la pradera,

¡ah! no pensemos que la vida muera:
amortajada con su blanco velo,
bajo la opaca crustala de hielo
una inmortal resurrección espera.

Mas ¿quién puede escuchar las misteriosas
voces que eleva en místico murmullo,
el más oculto seno de las cosas?

Nada sucumbe: el escondido germen,
la crisálida envuelta en su capullo,
la célula y el grano... ¡todos duermen!

empiezan a saltar por los alcores,
 que empenachan el mirto y la retama
 y el heno alfombra y la menuda grama.
 Se les ve, desde el fondo del paisaje,
 sobre el musgoso peñascal salvaje
 brillar al sol, blanquísimos y tersos,
 como nevados ópalos, dispersos
 entre las esmeraldas del frondaje.

II

Sumérgese el pastor, vagando libre,
 ya en las resplandecencias de la cima
 o ya en las lobregueces del barranco,
 sin que una sola víscera le vibre,
 ni al resbalar por la espantosa cima,
 ni al descender por el cortante flanco.
 Es el rey y señor de la comarca
 solamente habitada por las fieras
 y las reses salvajes. Sus dominios,
 do jamás hubo guerras ni exterminios,
 del ingente peñón, erguido encima,
 con sólo un golpe de su vista abarca.
 Vertientes quebradísimas, laderas
 en que se junta y amalgama el verde
 con el violeta azul, y al fin de pierde,
 al esfumarse en las lejanas eras;
 dorsos de piedra rígidos que enarca
 la montaña en tremendas convulsiones,
 al sentir el furor de los turbiones;
 parapetos de roca amenazando
 aplastar los ramajes y los troncos;
 guijas que arrancan de su lecho blando
 los torrentes horribos y roncós

PASTORAL.

I

ALLÁ, SOBRE ESCARPADA SERRANÍA,
 enhiesto y colosal se empina un risco:
 a su pie, retorciéndose bravía,
 baja, por entre el roble y el lentisco,
 una senda hasta humilde pastoria,
 donde hay una cabaña y un aprisco.
 Es sólo habitador de aquel albergue,
 un pobre rabadán: más nunca el día
 lo encontró bajo el rústico techado,
 pues apenas ha el alba despuntado,
 sus perlas derramando en cielo y tierra,
 ya la figura del pastor se yergue
 sobre el excelso pico de la sierra.
 Como un dios se le mira desde el valle
 en la roca granítica tallado,
 majestuoso y altivo, acariciado
 del trémulo pinar por el ventalle.
 Y cuando el sol, al asomar, colora
 de rosicler aristas y perfiles
 y chorrea en los húmedos cantiles
 el diluvio de rosas de la aurora,
 las cabras y corderos triscadores

que al valle ruedan con fragor bramando;
 cavernas pavorosas, hondonadas
 en donde se detienen las miradas
 fijas, con estupor horrorizante,
 del tenebroso piélago delante;
 cumbres que irisa eternamente el hielo
 y besan las purpúreas alboradas,
 y agujas de granito, donde el vuelo
 las águilas abaten fatigadas,
 al terminar su viaje por el cielo....

III

Abajo, la llanura, las vecinas
 selvas; muy lejos, la ignorada aldea,
 en el centro de un valle que rodea
 el verde cinturón de las colinas;
 cerca, los frescos y olorosos prados
 en las estribaciones blandamente
 de la agreste montaña recostados;
 arriba, un océano: el oleaje
 de las cimas ríscosas y onduladas
 que corren descendiendo gradualmente,
 ya dóciles y tersas, ya encrespadas,
 como olas en un mar que derrepente
 cuajara el Septemtrión; y en el encaje
 de las tajadas peñas, el roquero
 risco, cual torreón del homenaje
 de un castillo fantástico y severo;
 y en el último término, al escaso
 resplandor de la tarde, las llanadas
 silenciosas y tristes, y empapadas
 en las cárdenas tintas del ocaso....
 Tal es el reino del pastor.

IV

Impera

majestad absoluta y verdadera
 sobre aquella región, casi perdida
 y extraña de los hombres a la vida;
 pero donde otra vida omnipotente
 del seno augusto de la tierra brota,
 como alma inmensa por el aire flota,
 y do la madre universal se siente
 rayo en el éter y en las auras nota.
 Bajo aquel dilatado firmamento,
 nada el poder vivificante turba,
 ni suspende el eterno movimiento.
 Desde el hondo nivel de la planicie,
 igual y recta, hasta la excelsa curva
 trazada en la cerúlea superficie,
 todo es fuerza y calor, todo es aliento.
 La tierra ardiente se desborda en olas
 de resonantes hierbas y corolas
 y cuando empieza a modular el viento
 los himnos de su agreste sinfonía,
 circula de la sierra por la espalda
 un divino temblor. La selva umbría
 que festonea la sinuosa falda,
 esponja muellemente su ropaje
 de pomposo y bellissimo follaje,
 como una ala de trémula esmeralda;
 y, so las frondas vírgenes, el grano
 y la yema y el óvulo que duermen,
 se despiertan al soplo soberano
 ¡y todo vibra en la explosión del germen!
 Nada yace en la calma y el reposo:
 donde un átomo alienta hay un sonido,

un estremecimiento portentoso,
ya brisa, ya huracán, ¡siempre latido!
Al rodar, de las cumbres desprendido,
sobre los campos en fecundo riego,
el torrente seméjase a un coloso
que se despeña desatado y ciego;
y, mientras el espacio enrojecido
arde como una bóveda de fuego,
y reverbera el sol en las opacas
moles de piedra, por el bosque añoso
aun se siente pasar el poderoso
aliento de las ondas genesiacas.

V

Entonces, bajo el oro que el verano
difunde, como polen infinito,
a cuya influencia se madura el grano,
amarillea el césped en el llano
y el musgo se reseca en el granito,
el pastor, con el alma estremecida,
responde, una por una, a las potentes
y raudas pulsaciones de la vida;
el sol canicular su sangre abrasa
que, por las anchas venas, a torrentes
con ritmo libre y vigoroso pasa;
y del espacio en la candente lumbre
clavando la mirada, y en los rojos
paisajes, por las siestas abrasados,
que surgen a lo lejos, tras la cumbre
de la montaña azul-inmensos prados
do secos yerbazales y rastrosjos,
siente cual un sacudimiento enorme
penetrar en su alma la grandeza

de aquella tropical naturaleza
y la salvaje majestad. Informe
va esfumándose el cuadro ante sus ojos
y levantando entonces la cabeza,
para explorar los vastos panoramas
del monte y la profunda lejanía,
trepa de un viejo tronco por las ramas,
y en la ardiente explosión del medio día
lo cubre el sol con su dosel de llamas.

VI

Todo parece reposar en torno
al estival influjo del bochorno;
desde la base y áspera pendiente,
hasta la cumbre, donde apenas pudo
llegar la planta humana. En indolente
actitud yace el bruto. Desmayado
el sonoro follaje cuelga mudo,
cual harpa abandonado, y en el prado
se tiende a sestear, blanco y lanudo,
bajo la sombra, el triscador ganado.
Sólo en las hondonadas más abruptas,
donde las fuentes gárrulas borbollan
y dulcemente susurrando, arrollan
blandos líquenes y ovas incorruptas,
el recio leñalador, casi desnudo,
hiende los troncos jadeando. El eco
a los golpes retumba, ya apagado
por la distancia, ya vibrante y hueco.
Y parece temblar la cordillera
y estremecerse el soto y la campaña,
como si a cada hachazo se sintiera
latir el corazón de la montaña.